

jar en sus imágenes poéticas no sólo la oposición entre la civilización anglosajona y la hispánica, sino también un fuerte contraste en la naturaleza. La noción de la vida que predomina en la observación de la gente está muy presente también en la percepción del paisaje. Todo: el sol, la fecunda tierra, el mar, la fauna y la flora, parece estar vivo, concebido por la naturaleza en formas, colores y movimientos de la vida. La ingerencia del hombre en el ambiente natural, acusada por Lorca como destructora de la naturaleza en sus imágenes neoyorquinas, en el ámbito mexicano descrito por Cernuda tiene otro sentido y llega a cobrar mucha importancia como factor de aproximación del hombre a la naturaleza, de su integración en el paisaje:

Estas terrazas, estas galerías, sólo son un marco del paisaje admirable, limitándolo apenas para hacerlo accesible al ser humano, humanizándolo de modo imperceptible. Tendido bajo la mirada del hombre, le sonríe compasivo, casi tiernamente. Porque en él la grandeza no excluye la sonrisa, no lo dramático, lo delicado, siendo como es paisaje de conciliaciones, no de extremosidades. (*Miravalle*)

El aspecto humano del paisaje centroamericano lo destaca también Rafael Alberti en *13 bandas*, enfocándolo de diferentes maneras, desde la identificación del indio con su tierra en *México* hasta su gran metáfora de América como ser humano:

Se ve que estas montañas son los hombros de América. (...)
 Estas carnes sangrientas, peladas, agrietadas,
 estos huesos veloces, hincándose en las olas,
 estos precipitados espinazos a los que el viento asesta un golpe seco y
 verde en la cintura.
 (*Costas de Venezuela*)

Percibida como un ser vivo, la naturaleza americana guarda sus secretos que llaman la atención e incitan la curiosidad de varios poetas. Intentando descubrirlos, Jorge Guillén penetra en el paisaje nocturno de Puerto Rico y describe la naturaleza tropical:

Este jardín, espeso como selva,
 para los ojos, para los oídos
 Más que para los pies,
 Este jardín ahonda su espesura,
 Más tropical aún,
 De noche.
 (*El jardín de los coquíes*)

Pero la misteriosa naturaleza no se deja penetrar a fondo por los que han llegado de fuera, los que no pertenecen a ese mundo. Cernuda, al igual que Guillén, percibe el *secreto opresivo del paisaje*, como lo llama, que «se le escapa, pero a cuya presencia él es muy sensible. (...) Reconoce la existencia de una realidad escondida que va más allá de su propia visión subjetiva»²⁰, pero en vano intenta transgredirla. No lo consigue ni siquiera por medio del *contacto espiritual* con los indios. Decepcionado, afirma:

²⁰ *Ibidem*.

Esos cuerpos callados y misteriosos, que al paso de sus barcas nos tienden una flor o un fruto, deben conocer el secreto. Pero no lo dirán. (*Por el agua*)

No se lo han dicho tampoco a Rafael Alberti, quien recuerda:

Hombres con ojos de manchú se dirigen hacia el horizonte en su caballo. ¡Qué lejos estoy de comprenderlos! Cuando me parece que ya los tengo apresados en una opinión, se me escapan del lazo en que los tengo cogidos y siguen cabalgando. (*Prosas*)

Sin embargo, Alberti sí logra percibir la realidad del *nuevo mundo* desde la misma perspectiva americana. En *13 bandas*, por muy comprometida políticamente que sea su visión del continente, «la tierra, el cielo, el mar, los vientos, los animales están vistos como los vieron algunos cronistas de Indias; como los vieron —y habrían de ver— algunos poetas y muchos narradores de América Latina: con los ojos capaces de percibir lo real maravilloso»²¹

Mueves bosques con hojas como círculos,
puertas verdes al sueño de los pumas,
bosques que marchan, selvas que caminan
invadiendo la sombra de raíces.
(*Yo también canto América*)

Este enfoque de la realidad americana volverá durante su largo exilio en la Argentina, y específicamente durante los años vividos en el campo, en las fincas El Totoral y la Quinta del Mayor Loco donde el poeta «creció de nuevo a la poesía». Creció, sin embargo, como un escritor latinoamericano, describiendo, recuerda María Teresa León, aquel campo «lleno de ánimas, de desaparecidos, de soledad, de muertos» como si fuera suyo —porque lo consideraba suyo—. Captó y transmitió en su poesía todos los rasgos característicos de aquella naturaleza, ya que «le hablaban el viento, el horizonte, aquel perro Don Amarillo, los caballos, los barcos que cruzaban la línea de los sauces. Todo era presencia de ramas, de loros, de sapos que podían ser...». Esta segunda etapa de la creación americana de Alberti fue incomparablemente más fecunda y dio una obra muy extensa que componen: *Entre el clavel y la espada* (1939-1940), *Pleamar* (1942-1944), *Poemas de Punta del Este* (1945-1956) y, finalmente, *Baladas y canciones del Paraná* (1953-1954), libro de poesía tan argentina que mereció un premio de la Sociedad de Escritores de ese país, y confirmó la casi total integración cultural y literaria del poeta español en el ambiente hispanoamericano. «Yo estaba con los escritores argentinos, considerado un escritor argentino», recuerda. Con la admiración propia del amor a la patria describía, pues, «el pitido de los benteveos, la charla estridente de los loros, el zureo de las palomas, junto a caballos que corrían hacia los montes azulados y el estruendo homérico de las vacas y toros en el baño de las haciendas». Cada

²¹ Aurora de Albornoz, op. cit., pág. 34.

paso en la tierra americana podía significar un nuevo descubrimiento y, como tal, dejar al poeta maravillado ante, por ejemplo, los insólitos árboles: «ahuehuetes de México, araucarias de Chile, palmeras de Cuba y de Brasil, apamates y sangre de drago de Venezuela, palos borrachos y jacarandás de las calles de Buenos Aires». Después del regreso a Europa, Rafael Alberti desveló su arraigo a aquel mundo del que otra vez en su vida se tuvo que «ir forzosamente, por culpa de los señores militares: me gustan los perros, los árboles maravillosos de aquella América en que viví, y el despertarme al alba con el sol en la cara. Cuando antes venía a Europa, elogiaba el cielo austral como si fuese mío. Pareces un indiano, me dijo un día en París José Bergamín. Debo confesarles que le dije al momento: sí. La Cruz del Sur no se ha desvanecido todavía en mi frente».

III. América vivida

La ausencia

No me dijiste, mar, mar gaditana,
 mar del colegio, mar de los tejados,
 que en otras playas tuyas, tan distantes,
 iba a llorar, velada mar, por ti,
 mar del colegio, mar de los tejados.

(Rafael Alberti, *Arión*)

A pesar de que el amor a su «segunda tierra», como llama Rafael Alberti a la Argentina, se haga cada vez más fuerte, su arraigo al país natal es siempre muy importante y visible no sólo en *Retornos de lo vivo lejano* (1948-56) y *Ora marítima* (1953) —obras compuestas en Argentina, pero dedicadas enteramente a la evocación de España—, sino también en estos versos de la poesía argentina que, siendo una imagen del mundo americano, contienen dentro de sí otra imagen. No cabe duda de que una sensación de encarcelamiento experimentada en la Quinta del Mayor Loco donde se compusieron las *Baladas* («Creyendo que ya eras libre/ Llegaste. Pero estás preso»), y agravada por la impresión de inmovilidad de la naturaleza («Nuevamente/ lo inmóvil que está el caballo») provoca en el poeta un deseo de escaparse, de volver... Este «se expresa con más frecuencia (...) a través de una serie de elementos que encierran una potencia de movimiento: río, mar, barco, caballo, pájaro, viento, piedra, fragancia»²². De ahí la identificación del río con el mar, camino del regreso:

Paraná.
 Hoy tienes orillas altas

²² Catherine Bellver: Rafael Alberti en sus horas de destierro, [Salamanca: Publicaciones del Colegio de España, 1984], pág. 86.

del mar.
 Ya eres algo más que el río,
 ¡Ya eres mar!
 Hoy, sobre ti, si pudiera,
 me haría, alegre, a la mar.
 (Canción 6)

El contacto directo con el mar no hace sino traer los recuerdos de España con más fuerza. «Al mar de Punta del Este le debo el reencuentro con la otra orilla del Atlántico, el mar de la infancia», revela Alberti tras haberlo expresado varias veces en la poesía:

Sí, mar, lo sé, tú eres, para mí, la otra orilla.
 (Arión)

Sin embargo, la imagen de España sólo se «vislumbra por transparencia», según las palabras del mismo poeta, en los libros «contagiados ya de América». *Baladas y canciones del Paraná* son para él poemas de América y no de España; las tierras argentinas y uruguayas van cobrando cada vez más importancia en su poesía y en su conciencia:

Os llevaré retratados
 en mis ojos. (...)
 Los mirarán cuando llegue,
 y algunos dirán:
 —Hay ríos
 y caballos en tus ojos.
 El alma de los otros paisajes
 se me ha quedado dormida
 en los ojos.
 (Canción 57)

De hecho, se lleva un recuerdo tan vivo y constante de América que su imagen se convierte en la noción de otro *paraíso perdido* —tercero ya en su vida, tras el destierro del mar y el destierro de su tierra—. Alberti, un hombre ceñido siempre a un recuerdo, no es, no obstante, un *poeta de la ausencia* como lo son Emilio Prados y Manuel Altolaguirre, los únicos miembros de la generación del 27 quienes, viviendo en América, nunca reflejaron en su poesía la realidad americana y centraron toda su sensibilidad poética en la ausencia de España.

En 1955 aparecen *Poemas en América* de Manuel Altolaguirre. Efectivamente, son poemas en América y no poemas de América:

Fuera de mi tiempo estoy, / desterrado en mi memoria.
 (Al cumplir mis cincuenta años)

La percepción de la naturaleza se convierte en algo irreal y su reflejo poético está lejos de cualquier mimesis; el rechazo de la realidad exterior